

paradojas nº 90

primera semana de febrero de 2024

philosophie
magazine enero de 2024



Sociedad

“Gay, pero no demasiado”: cuando el movimiento LGBT se queja de su propia normalización

[Samuel Lacroix](#), publicado el 30 de enero de 2024

Al día siguiente del nombramiento de Gabriel Attal al puesto de Primer ministro, muchas voces del movimiento LGBT se levantaron para llamar a no

regocijarse. Abiertamente homosexual, el nuevo inquilino de Matignon sería sobre todo el símbolo de una «normalización» de la homosexualidad que esos que alertan juzgan dañina. ¿Cómo comprenderlo?

«El Primer ministro es gay, pero no demasiado» La fórmula, inventada por **Mathieu Magnaudeix**, periodista de *Mediapart* y figura de la Association des journalistes LGBTQI+ (AJL), ha dado en el blanco. Se inscribe en un conjunto más amplio de reacciones –«*gay pero no queer*», «*pansement gay*»– de voces del movimiento LGBT que llaman a no alegrarse demasiado pronto por el nombramiento a Matignon de un hombre sin embargo abiertamente homosexual. ¿Qué significa esto? ¿Por qué apresurarse tanto a calmar los ardores de los que piensan hacer de este nombramiento el símbolo de una sociedad que avanza, de una Francia que, de ahora en adelante acepta más o menos plenamente la homosexualidad? Para estas gentes, el presidente de la República al impulsar así al joven **Gabriel Attal** a la cabeza del gobierno, lo único que hace finalmente es ratificar un estado de hecho distinto: la sociedad acepta a los homosexuales... con la condición de que «entren en el molde» y que no hagan demasiado aspaviento de que lo son –«*Mientras que la homosexualidad no sea “militante”, ella es aceptable*», zanja así Magnaudeix. «*Los hechos muestran que un Primer ministro gay, es algo posible de aquí en adelante en Francia. Con la condición eso sí que no reivindique gran cosa sobre los temas LGBTQI+. Y que no se sepa tampoco demasiado de su vida privada*»

A la derecha toda

Si Gabriel Attal es pues «gay, pero no demasiado», es por que no politiza su identidad. Él no es especialmente militante sobre la cuestión de los derechos de los homosexuales y está alejado de una izquierda sensible a esas cuestiones. Perfectamente inserto en la sociedad tal y como ella es, él sería en realidad el símbolo químicamente puro de la «normalización» de una identidad antaño subversiva y que tiende a serlo cada vez menos. Un estado de hecho que ya deploraba en 2012 **Didier Lestrade**, figura co-fundadora de la asociación *Act Up*, en su ensayo *Pourquoi les gays sont passés à droite* (Éditions du Seuil, 2012), y que confirman las recientes investigaciones sobre el fenómeno del «homonacionalismo» del que ha tratado especialmente el ensayista **Pablo Stefanoni** en *La Rébellion est-elle passée à droite?* (La Découverte, 2022). Si el número de cuadros gays del Rassemblement national (**Steeve Briois, Sébastien Chenu, Julien Odoul**) ha hecho patente este fenómeno estos últimos años, son sobre todos los votos los que son más elocuentes.

Lejos de la época post-68 en la que ser gay pasaba en las representaciones comunes por ser algo en sí mismo subversivo, algo que lo filaba del lado de la izquierda cuando no de la extrema izquierda militante, las encuestas de opinión muestran que los homosexuales votan de ahora en delante de la misma manera que lo hacen los heterosexuales, si no es que lo hacen más hacia la derecha – una realidad que concernía hasta entonces sobre todo a los hombres homosexuales pero que tiende a ser, desde 2019, cada vez más verdadero igualmente de las lesbianas. [Una encuesta de la Ifop de marzo de 2022](#) contratada por el magazine *Tétu* reveló así que las personas homosexuales y bisexuales interrogadas habían sido tan numerosas como los individuos heterosexuales al afirmar su intención de votar por **Marine Le Pen** (16%, 21% para las lesbianas) o por **Valérie Pécresse** (15%), y eran menos numerosos los que deseaban votar por **Jean-Luc Mélenchon** (9,5 contra 10%) en las elecciones de 2022.

¿Adiós a la margen?

Para Didier Lestrade, es institucionalizándose como los homosexuales se habrían vuelto permeables a las ideas dominantes. Al abandonar sus propuestas subversivas, y al voltearse hacia reivindicaciones conformistas como la posibilidad de casarse, ellos habrían desposado una simple petición de inclusión, un simple derecho a la indiferencia, hasta que finalmente se confundieron con la población mayoritaria. Pero ¿cómo vamos a depolarlo? Esta normalización y esta indiferencia ¿acaso no son la firme garantía de poder finalmente vivir normalmente, sin discriminación ni tratamiento especial, hasta poder acceder eventualmente a las altas esferas con toda transparencia? Regresando especialmente sobre la cuestión del matrimonio para todos en su ensayo [Manifeste contre la normalisation gay](#) (La Fabrique, 2017), el filósofo **Alain Naze** deplora que el derecho a la indiferencia se pague con una homogenización social. De esta manera, «*las vidas gays se vuelven homogéneas con las formas de existencia dominantes en nuestras sociedades heterocentradas. Lo que sólo significa para los homosexuales ni más ni menos que una renegación*». Naze no busca preservar ninguna «esencia» gay (la idea de que si se es homosexual, uno debería ser forzosamente de izquierda, revolucionario, subversivo) sino más bien lamentarse por el riesgo de ver cómo se pierden maneras de vivir que eran propias de la vivencia homosexual de antaño: «*No quiero decir que exista una esencia gay que se trataría de preservar. De ninguna manera. Es claramente por el contrario el devenir menor de la homosexualidad, su huida por fuera de toda rigidización identitaria la que se encuentra cuestionada a través de este movimiento de normalización.*» Él se pone tras los pasos del filósofo **Guy Hocquenghem**, autor, entre otros, del [Désir homosexuel](#) (1972) y figura del Frente homosexual de acción revolucionaria (**Fhar**), ese movimiento radical de los años 1970 que buscaba politizar la cuestión homosexual y, en una perspectiva igualmente feminista e

izquierdista, echar por tierra «*al Estado burgués y heteropatriarcal*». Es pues una cierta vivencia del margen y de la clandestinidad promovido por el Fhar y el militantismo homosexual de entonces, el que echa de menos Naze, la posibilidad que ese margen ofrecía de construir otras formas de existencia y de ser en sí mismas significantes. Esta posibilidad era la de una «libertad» desplegándose precisamente en el constreñimiento de la exclusión y confiriéndola al individuo, rechazado por la norma dominante, el goce de una identidad distinta. Si vivir su homosexualidad condenaba entonces *de facto* a salir de los marcos tradicionales, esto podía facilitar una tendencia a cuestionar los fundamentos conservadores de la sociedad burguesa. La independencia de espíritu favorecida por una tal deconstrucción de las normas ¿no es efectivamente, y por definición, incompatible con una mentalidad conservadora típica de las sensibilidades políticas de derecha? Naze llega a decir que con una institución como el matrimonio homosexual, ser homosexual ya no significa nada. Lo único que difiere es el sexo de los futuros contrayentes, y ya no sus valores y modos de vida. Pues la visibilidad que confiere el acceso al poder iría en el mismo sentido.

La margen y sus frutos

Si la argumentación es en sí interesante, se puede tener el sentimiento de estar dándole vueltas al círculo hasta volverlo vicioso: ¿se puede llegar a tener plena nostalgia de los márgenes en la medida en que la razón de existencia de ellos era precisamente el rechazo social que se deploa? ¿Es lógicamente posible querer permanecer al margen al mismo tiempo que se combate el que se lo mantenga a distancia, las discriminaciones, el tratamiento diferenciado, y todos aquellos elementos contra los que el militantismo LGBT lucha esencialmente? En realidad, es claramente de esto de lo que se trata: figuras como Alain Naze pero también **Marie-Jo Bonnet** (figura del feminismo y del lesbianismo, autora entre otros del panfleto *Adieu les rebelles!* en 2014) parece ser que querrían a la vez conciliar la ausencia de discriminación y la vivencia alternativa, garantiza el distanciamiento voluntario pero también más ampliamente la posibilidad de un derecho no a la indiferencia sino a una diferencia que sea plenamente reconocida, por no decir amada. Una diferencia, pues que no fuera algo solamente *tolerado*, algo que la sociedad sufre tanto mejor cuanto que la ignora, sino que sea además reconocida, respetada e incluso apreciada por un cuerpo social que le concedería todo su lugar en él. Pero una vez más, la serpiente se muerde la cola: al promover a la cabeza del Estado a un individuo homosexual, ¿no se está de hecho yendo más allá de una tolerancia blanda e indiferente? ¿No será más bien que redefiniendo lo que debería ser un homosexual, se recae de hecho en la «*rigidización identitaria*»?

Una dificultad final

Por otra parte, queda pendiente una pregunta: ¿se está seguro que haya sido ante todo por una voluntad de normalización, o porque esta normalización los ha hecho más permeables a las ideas dominantes... que los gais como Gabriel Attal, les homonacionalistas o tantos otros, se han «*pasado a la derecha*»? Hay otra razón, más trivial y delicada que aparece regularmente en las declaraciones de individuos gays interrogados; no solamente la voluntad de no politizar su identidad y de insertarse en la sociedad, sino también una relación temerosa con la inmigración y el islam sobre la que surfea alegre y cínicamente la extrema derecha. Si nos apresuramos a deplorar una representación distorsionada o fantasiosa de la realidad, además del tratamiento bien conocido reservado a la homosexualidad en los países musulmanes, muchos estudios recientes van en el sentido de una homofobia mucho más marcada entre nuestros compatriotas musulmanes que entre los otros; por ejemplo aquel [estudio de la Ifop](#) de 2019 que indicaba que el 63% de los individuos de confesión musulmana interrogados perciben la homosexualidad como «*una enfermedad*» o una «*perversión sexual*», contra un 20% de los católicos practicantes y un 10% de los encuestados que se declaran sin ninguna pertenencia religiosa.

Para terminar, tras los debates internos que suscita la homosexualidad del Primer ministro en el movimiento LGBT, se juega una vez más, cualquiera sea el punto de vista adoptado, una dialéctica que se encuentra en el seno de otros movimientos societales –tales como el feminismo o el antirracismo– entre *la prioridad que se dará al derecho a la diferencia o al derecho a la indiferencia*, cada uno con su lote de aporías, de insatisfacciones y de riesgos. Y también la dificultad de deshacerse de una postura puramente anti-normativa que desplaza la focal de la radicalidad (es la misma que se vio operando en la época de las escaramuzas entre Didier Lestrade y [Guillaume Dustan](#) en torno a la cuestión de la utilización de los condones, y de la libertad de prescindir de ellos) para construir una nueva normatividad. El hecho de que los debates tengan lugar parece en todo caso al menos el signo de que tenemos el tiempo libre para plantearnos estas preguntas y que el tema avanza en una sociedad globalmente más tolerante.

Traducción de Luis-Alfonso Palau C., Envigado, co, enero 31 de 2024



Religión

¿Será posible reconciliar la Iglesia y el placer?

Octave Larmagnac-Matheron, publicado el 26 de enero de 2024

El pape François afirmó recientemente que el **placer sexual es un «don de Dios»**. Una invitación a reconsiderar la idea corriente de que el cristianismo es completamente hostil a los placeres terrenales. Ahora bien, muy por el contrario existe en la tradición cristiana un verdadero «*uso de los placeres*», como lo diría **Michel Foucault**. Su ambición es responder a la ambivalencia constitutiva del placer para toda religión, ocasión para el hombre de abrirse a la experiencia, pero igualmente riesgo de cerrarse a todo lo que lo rebasa.

Contra los placeres terrenales

La idea de que el cristianismo ha menospreciado los placeres seguramente que no es sin fundamento. Lo testimonian de manera muy evidente los movimientos ascéticos que acompañan su desarrollo desde sus orígenes. Se conoce el mordaz análisis de **Nietzsche**: el cristianismo es una invención de hombres transidos de resentimientos, demasiado débiles para soportar la vida. El verdadero placer exige que el individuo se exponga, se arriesgue, y aguante quizás ciertos dolores. El creyente, por el contrario, es la imagen misma de una vida encogida sobre sí misma, incapaz de atreverse a querer, demasiado frágil como para aceptar los sufrimientos y la decepciones que acompañan la búsqueda de su gozosa expansión. La religión es como la transfiguración de esta actitud de derrota que hace del placer un mal para legitimar el hecho de que se le está sacando el cuerpo. «El predominio de los sentimientos deplacer sobre los sentimientos de placer es la *causa* de esa moral y religión basadas en la ficción; pero tal predominio es la fórmula de la *décadence...*» (*El Antécristo*, §15, 1896). El sexo, el placer sexual en particular, ha sido objeto de un denigramento: «precisamente en el período más cristiano de Europa, y, en general, sólo bajo la presión de juicios de valor cristianos, el instinto sexual se ha sublimado hasta convertirse en amor (*amour-passion* [amor-pasión])» que parece ya no tener gran cosa de carnal, de encarnado (*Mas allá del bien y del mal*, § 189, 1886). «Se requirió del cristianismo para hacer de la sexualidad una inmundicia [...]: él cubrió de fango el origen, la condición primera de nuestra vida.».

La interpretación puede parecer excesiva. Pero algunos pensadores cristianos testimonian una franca hostilidad con respecto a los placeres terrenales. Los reproches son múltiples y entrecruzados. Como lo dirá **Pascal** en sus *Pensamientos*, «la única religión contra la natura, [...] contra nuestros placeres es la única que siempre ha sido». La fe, que nos abre a lo sobrenatural, nos debe emancipar de la alienación a nuestras inclinaciones naturales cuya ley es la búsqueda del placer. El hombre que sólo busca su placer no es diferente en nada de un animal. En materia de sexualidad, mantiene en particular una relación bestial, instrumental con el otro. Su existencia, agitada en todos los sentidos por sus inclinaciones, está privada de todo orden, de todo rigor, de toda disciplina. «En el placer, es el hombre el que sucumbe al placer»: no se controla, está sometido a su naturaleza carnal, lo que es indigno de su condición espiritual. «Sólo el dominio y el imperio constituye la gloria, y la servidumbre es la pura vergüenza».

La vida del hedonista no tiene centro. Los placeres van y vienen sin cesar. Su única constancia es la inconstancia. «No hay necesidad de tener el alma muy elevada para comprender [...] que todos nuestros placeres no son más que vanidad». Y Pascal añade: «Nuestros deseos nos pintan un estado feliz porque ellos le añaden al estado en que estamos los placeres del estado en el que no

estamos, pero cuando lleguemos a esos placeres seguro que no estaríamos felices por ello porque ya tendremos otros deseos conformes a ese nuevo estado». En el fondo los placeres terrenales son esencialmente decepcionantes. Pero su búsqueda tan desesperada como desenfrenada conducen a menudo al pecado al hombre que no sabe colocar toda su felicidad entre las manos de Dios (pensad en la gula o en la lujuria).

«Los pecadores lamentan la tierra, es decir sólo aman los placeres terrenales. No tienen en su corazón espacio para abrirse a la verdad de Dios. «*Hay quienes ven perfectamente que no hay más enemigo del hombre que la concupiscencia que los aleja de Dios [...] ni más bien que Dios, y no una tierra fértil. Los que creen que el bien del hombre se halla en la carne, y el mal en lo que los desvía de los placeres de los sentidos, que se embriaguen con ellos y que mueran en ellos.* § 692». El veredicto aparentemente no tiene escapatoria. «*Obtendréis pronto la fe si abandonáis los placeres*». El rechazo de los goces es la única vía hacia un recogimiento interior donde el hombre se puede abrir a Dios.

El buen uso de los placeres

Esta condena manifiestamente sin equívoco de los placeres terrenales sin embargo no es una constante en la tradición cristiana – religión por excelencia del cuerpo, de la carne, de la encarnación. Desde el Génesis, al contemplar su obra, «*Dios vio que aquello era bueno*». Bueno, ¡no bien! Otros pasajes de la Biblia exponen esta visión mucho más positiva del placer. «*Me mostrarás la senda de la vida; / En tu presencia hay plenitud de gozo; / Delicias a tu diestra para siempre.*», se lee además en los *Salmos* (16:11). E incluso el placer sexual no está excluido. El [Cantar de los cantares](#) es, bajo muchos aspectos, un auténtico elogio de los placeres del cuerpo: «*que él me de los besos de su boca; porque mejores son tus amores que el vino. / A más del olor de tus suaves ungüentos, Tu nombre es como ungüento derramado; Por eso ¡las doncellas te aman! Atráeme; en pos de ti ¡correremos!*» (1:1-17)

Los placeres terrenales hacen parte de la obra de Dios y no pueden ser malos en sí mismos. Un protestante reputado austero como **Calvino** puede llegar a escribir en su [Institución de la religión cristiana](#) (1536): «*Si consideramos con que fin creó Dios los alimentos, encontraremos que Él no solamente quiso satisfacer nuestras necesidades, sino que también se preocupó por nuestro gusto y por nuestro placer*». Calvino se muestra aquí mucho más abierto que **Agustín** quien, sin duda marcado por una juventud más hedonista, desconfía de la trampa que tienden sin cesar los placeres al hombre, en el corazón mismo de la satisfacción de las necesidades más naturales. «*La conservación de la salus es la*

razón del beber y del comer; pero un peligroso placer, como un lacayo, acompaña estas funciones y normalmente se esfuerza por tomar la iniciativa, de suerte que termino haciendo por él lo que yo digo y quiero hacer por mi salud. Ahora bien, la medida del uno no es la misma que la de la otra: lo que es suficiente para la salud no lo es para el placer, y frecuentemente es difícil saber si es una necesidad física la que pide aún ser satisfecha, o es la sensualidad la que nos engaña y quiere ser atendida» (*Las Confesiones*, 397-401).

El placer sólo es aceptable si está disciplinado, dominado. Es decir si se añade, como una ñapa, a una conducta razonable, y no si es buscado de manera desenfrenada como un fin en sí mismo, primando sobre todo los otros. El buen cristiano no rechaza los placeres pero debe, según la expresión de **Foucault**, atenerse a un «*uso de los placeres*» ante todo riguroso, para evitar que su búsqueda no absorba la integralidad de su existencia. En suma, todo es asunto de moderación. Es verdad que los placeres son una de las vías privilegiadas por donde se inmiscuye el mal. Es lo que ha explicado **C. S. Lewis**, especialista en **apologética** cristiana. Imaginando el discurso de un demonio, escribe: «*Hemos ganado muchas almas por medio del placer. [...] Por esto tratamos siempre de alejar de la condición natural de cada placer para llevarla hacia aquella en la que es menos natural, en la que evoca menos a su creador y es lo menos apreciable. Unas ganas siempre crecientes por un placer siempre más disminuido... esta es la receta*» (*Táctica del diablo*, 1967). Pero el placer sigue siendo un don divino. «*Nunca olvidemos que si estamos ante un placer cualquiera el sea en su forma sana, normal y satisfactoria, en un sentido estamos en el terreno de [Dios]. [...] Es su invención, no la nuestra. Él hizo los placeres*».

(...)

El goce del ateísmo

Esta rehabilitación de los placeres en el seno del cristianismo puede parecer «idealista». ¿Acaso no enmascara ella una desconfianza más profunda y más metafísica de parte del cristianismo –y de toda religión– por los placeres? Esto es lo que permite pensar un filósofo judío, y no cristiano: **Levinas**. Como lo señala el pensador en *Totalidad e Infinito* (1961), el Yo se constituye en el seno mismo del placer que se despliega y se profundiza: «*El yo es la contracción misma del sentimiento, el polo de una espiral cuyo goce dibuja el enrollamiento y la involución [...] Es precisamente en tanto que “enrollamiento”, en tanto que movimiento hacia sí donde se juega el goce*». El psiquismo se aprehende, en la contradicción del placer, como ego en toda su plenitud, en toda su soberanía. Sin duda que el placer depende objetivamente del contacto con los bienes del mundo exterior. Pero en la experiencia misma de la alegría, el Yo se manifiesta en su autosuficiencia radical. «*En el egoísmo del*

goce, despunta el ego, fuente de la voluntad». Este ego se apprehende como «ser separado», contenido por entero en sí mismo. Se arranca de la pertenencia, de la participación en «el ser» anónimo (en el gran Todo).

Esta «autonomía» radical, Levinas la considera como un «ateísmo originario, más acá de toda creencia o de cualquier incredulidad teórica. «Se puede llamar ateísmo a esta separación tan completa que el ser separado se mantiene completamente solo en la existencia sin participar del Ser del que está separado [...] Se vive por fuera de Dios, en uno, uno es yo, egoísmo. [...] Por ateísmo comprendemos así una posición anterior a la negación como a la afirmación de lo divino, la ruptura de participación a partir de la cual el yo se plantea como él mismo y como yo». Para Levinas, este ateísmo no es necesariamente un obstáculo a la apertura a la trascendencia de Dios. Incluso es su condición. «Egoísmo, goce y sensibilidad y toda la dimensión de la interioridad –articulaciones de la separación– son necesarias a la idea del Infinito o a la relación con el Otro que se forja a partir del ser separado y finito» Hay que ser un Yo para abrirse a alguien más que uno. Claro que existe el riesgo de hundirnos en el solo placer. «El olvido de la trascendencia no se produce como un accidente en un ser separado, la posibilidad de este olvido es necesaria a la separación.»

Entonces se comprende mejor la ambigua posición del cristianismo (y de toda religión, una vez más) con respecto al placer. El placer es la fuente de nuestra individualidad. Pero esta individualidad siempre corre el riesgo de cerrarse a su exterior, a lo que la supera. Entonces esquemáticamente se abren dos caminos. Uno, el del paganismo que termina por disolver la individualidad en un exceso de sensaciones terrenales que, saturando el Yo, rompe sus contornos y lo reintegra al anonimato del todo natural (piénsese en particular en las técnicas de transe, en los rituales que movilizan la ebriedad y otras experiencias psicodélicas, etc). Dos, el de los monoteísmos, que imponen una moderación estricta de los placeres, mantienen este Yo al mismo tiempo que disponen la posibilidad de su apertura más allá de él mismo, a una trascendencia que, al no tener ya nada en común con el mundo, es propiamente sobrenatural. Frecuentemente la realidad circula entre estos dos polos. Se ve por ejemplo hasta qué punto **a)** la mística, que ha suscitado vivas desconfianzas, se emparenta con una disolución de sí mismo en un «goce» de Dios más intenso aun que todas las alegrías terrenales: en una absorción en Dios, aparentemente por completo espiritual pero en realidad expresada en un léxico siempre muy carnal. **b)** por el contrario el ascetismo, busca arrancar el placer egótico de su raíz, abolir el ateísmo original.

En suma: se trata no tanto de zanjar ingenuamente si el catolicismo está en «pro» o en «contra» del placer. Se trata más bien de mostrar que, para el cristianismo como para el conjunto de las religiones, el placer les plantea un problema insoluble.